

Dataria apostólica consagra á esta buena obra cerca de siete mil escudos anuales.

6 DE FEBRERO.

Caridad romana con el convaleciente.—Con el pobre que sana.—Trabajos públicos.—Socorros particulares.—Limosnería apostólica.

Durante los tres primeros siglos, se pudo seguir la religion cristiana por las huellas de su sangre y distinguirla así de las sectas extranjeras. Hoy se la pueda reconocer todavía por el carácter incomunicable de sus obras. Hace ocho dias la seguimos en la gran Roma por el rastro de sus beneficios, y nuestra expedicion no estaba terminada. Los cuidados maternos con que la caridad rodea al hombre en la cuna y en su lecho de dolor nos eran conocidos; pero si el pobre enfermo vuelve á la salud ¿será arrojado á la calle y abandonado á sí mismo tan luego como sus fuerzas, imperfectamente restablecidas le permitan dirigirse á su morada? Así sucede en la mayor parte de las naciones civilizadas; Roma observa otra conducta. Es verdad que el enfermo está en convalecencia, pero está todavía débil, no puede ganar su pan de cada dia y un trabajo demasiado pronto puede ocasionarle funestas recaídas; el tiempo, un alimento sano y abundante y un aire puro, son las únicas cosas que pueden devolverle su vigor primitivo.

“Y hé ahí, dice M. de Fournon, cómo la caridad romana, con una mano tan liberal, cria establecimientos en donde los enfermos encuentran socoros; y completa luego su obra con una fundacion que deben envidiar todas nuestras grandes ciudades. En los bordes del Tiber se levanta un vasto y hermoso edificio, destinado á los convalecientes, es decir, á aquellos que en los hospitales han llegado á un

punto en que los remedios son útiles y en que un aire puro, un alimento sano, la falta de trabajos y de penas domésticas, son los únicos cuidados. El convaleciente recibido en la “Casa della Santísima Trinidad de Pellegrini,” de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, lejos de las imágenes fúnebres que en los hospitales asedian su lecho, abre allí su corazón á la esperanza y á la alegría, y poco despues la sociedad le vuelve á ver en un estado de salud sólida y listo para serla útil” 1.

Un santo fué el primero que tuvo el pensamiento de este establecimiento. Movido de compasion al ver salir de los hospitales á hombres apénas levantados de la enfermedad, extenuados, lánguidos, privados todavía de las fuerzas necesarias para el trabajo, púsose San Felipe Neri á recogerles en la casa que le dió generosamente la noble dama Elena Orsini en las Termas de Agripina. Allí les guardaba hasta que hubiesen recobrado sus fuerzas y estuviesen capaces de trabajar; esto pasaba en 1551. La liberalidad de los soberanos Pontífices aumentó de tal modo la casa primitiva, que ha llegado á ser el magnífico hospicio de los peregrinos y de los convalecientes. Cuando ya un enfermo debe ser despedido del hospital, vereis venir una carroza que se detiene en sus umbrales, á ella sube el enfermo y aquel hijo de la caridad es llevado, como un gran personaje, á una soberbia morada. Todos los hospitales de Roma tienen un carruaje semejante destinado al mismo uso. Aquellos enfermos son recibidos con cuidado por los cofrades, y se les guarda hasta que están enteramente restablecidos. Su alimento consiste: por la mañana en un caldo y una onza y media de pan; en el almuerzo, una sopa, diez onzas de pan, seis de carne, un poco de vino y fruta; en la comida, una

1 *Estudios estadísticos*, t. II, p. 118.

sopa, tres onzas de carne, seis de pan, una ensalada y vino.

Un médico visita todos los dias el establecimiento; si el convaleciente siente una recaída, se le traslada de nuevo al hospital ó bien se le conserva en el hospicio, cuando no está en estado de soportar la traslacion. El número medio de los convalecientes es de cerca de setenta 1. No daré aquí la descripcion del hospital; la reserva para el dia que vengamos á hacer nuestra visita á los peregrinos.

Ved ahí ya al enfermo perfectamente curado; ya puede con confianza volver al seno de su familia. Pero para vivir necesita trabajo, y ¿quién sabe si lo encontrará? La caridad no ha querido dejarle esta cruel inquietud. Roma tan inteligente como generosa, ha comprendido, y acaso es la primera, que la limosna más útil para el pobre válido es la del trabajo. De esta máxima tan querida para los economistas modernos, ved su magnífica aplicacion en la ciudad de los pontífices. Tratándose de trabajos públicos, Roma cristiana rivaliza con las capitales de la Europa, ó más bien, las excede á todas. Los Papas han emprendido obras seculares no solamente para difundir en su ciudad la gloria y el esplendor, sino tambien para ofrecer á los pobres desocupados un medio de provecho y de consuelo. Tal fué en particular el objeto de Sixto V, de Inocencio XII, de Pio VI, de Pio VII, en sus inmortales empresas. Aunque pobre, Gregorio XVI consagra á este objeto una suma anual de 33,293 escudos 2.

Los obreros son comunmente en número de seiscientos; se les dan por dia doce bayocos y un pan. Con el fin de impedir la mala conducta ó la pereza, se despide á aquel que falta tres veces consecutivamente. La administracion se compone de dos

1 Morich., p. 80.

2 Morich., 17 y 174.

inspectores, de ocho vigilantes y treinta y dos cabos, de algunos oficinistas y guardianes, quienes todos, ménos los inspectores, se eligen entre los obreros mismos. Durante nuestra permanencia en Roma, estaban ocupados los pobres en las excavaciones del Forum; los ancianos quitaban la yerba de la Vía Sacra ó limpiaban los fosos del Palatino; otros eran empleados en la edificacion de San Pablo extra-muros, y cerca de setenta en las fraguas de Tívoli. Es bueno observar que todos los trabajos públicos de conservacion, de limpieza y de construcciones romanas aprovechan á la Europa entera; cada año millares de sabios y de artistas van á estudiarlas, y si hay algo que admirar, es que pocos piesen en bendecir la mano, dos veces bienhechora, que llevó á cabo aquellas útiles obras.

Apesar de su buena voluntad, puede suceder que el obrero no pueda con su labor subvenir á las necesidades de su familia. La caridad romana viene entónces en su ayuda y resuelve de la manera más liberal este temible problema de las sociedades modernas: la abundancia de los unos suple, en justos límites, la indigencia de los otros. Seria largo nombrar en pormenor todas las obras caritativas que tienen por objeto los socorros que se dan en la casa del que los necesita. Diré solamente que á la persona del soberano Pontífice está afecto un prelado encargado de distribuir las limosnas del padre comun. La institucion de un limosnero secreto, “*elemosiniere secreto*,” del Papa se remonta al siglo sétimo, bajo el pontificado de Conon. El ejemplo del Santo Padre fué imitado por los reyes y los príncipes cristianos; pero Roma tiene la gloria de la iniciativa. El limosnero apostólico habita el Vaticano, en donde se encuentra su secretaria, sus archivos y sus cuentas. Acompaña siempre al Santo Padre como miembro íntimo de la familia pontificia, ya

en las estaciones solemnes de la ciudad, ya en los viajes fuera de Roma, porque es el canal necesario de sus innumerables limosnas.

El limosnero distribuye quinientos escudos por mes en dones manuales, á voluntad del papa, y las más veces, según rescripto del mismo Santo Padre. No hablo aquí de los socorros dados para la educación de los niños. En los días más prósperos, acordaba también numerosas pensiones mensuales. Estas pensiones se daban de preferencia á los pobres vergonzantes, á las instituciones de caridad y á los monasterios. El 2 de Febrero, aniversario de la coronación de Gregorio XVI, vimos en el gran patio del Belvedere, en el Vaticano, á Monseñor el limosnero rodeado de una multitud de pobres; este espectáculo nos recordaba á San Lorenzo y la casa de Santa Ciriaca. Los hombres estaban de un lado; las mujeres de otro; cada pobre recibía un medio paolo, lo que se llama la limosna «del grosso;» el primer año del pontificado se da un paolo entero por cabeza. En otro tiempo, había una limosna llamada «del testone» ó de los tres paolos, que se daba los días de Pascua y de Navidad (paternal atención de los vicarios de Jesucristo, que querían hacer pasar alegremente al pueblo aquellos días de fiesta; la baja de las rentas pontificias ha hecho cesar esa costumbre. Hay otra que subsiste todavía y que tiene el mismo principio. Tres veces al año, en Pascua, en Navidad y en el día de la coronación del papa, el limosnero da un paolo á todos los detenidos en la prisión «Inocenciana,» á los jóvenes de la casa de corrección, á las mujeres de la penitenciaría de San Miguel y á los presos por deudas en el Capitolio.

Citemos todavía una costumbre secular y muy tierna, que la desgracia de los tiempos ha suprimido, al menos en parte. A imitación de Nuestro Señor, que había ali-

mentado á doce Apóstoles, los Papas, desde San Gregorio Magno, hacían comer todos los días en sus palacios á doce pobres y les servían con sus propias manos, cuando no estaban impedidos de hacerlo; Leon XII ha dado muchas veces este tierno ejemplo. Hoy la mesa está suprimida, pero se da todos los días á doce pobres una suma equivalente, á fin de que puedan dividirla con sus familias 1.

7 DE FEBRERO.

Anécdota.—Otras caridades con el pobre; visitas á las casas.—Comisión de los subsidios.—Préstamo de dinero al pobre.—Cuidado con sus pequeñas economías.—Lotería.—Defensa de sus intereses temporales.—Cofradía de San Ives.

Volviendo á emprender nuestra visita de Roma caritativa, bajamos al Corso. Algunos libros, puestos en el modesto almacén de un vendedor de libros viejos, atrajeron un instante nuestra curiosidad; puse la mano en un «Macróbio.» ¡Qué buena fortuna! y me apresuré á buscar la famosa palabra atribuida al emperador Augusto, sobre la carnicería de los Inocentes. Esta palabra es de gran importancia, puesto que demuestra, por el testimonio de la historia profana, un hecho cristiano de alto valor. Luego en la página 159, libro segundo de las «Saturnales», leí: «Habiendo sabido Augusto que entre los niños de ménos de dos años condenados á muerte en la Siria por orden de Herodes, rey de los Judíos, había hecho morir este príncipe á su propio hijo, exclamó: «Vale más ser cerdo de Herodes que su hijo.» 2 Vedlo claramente.

1 Constanzi, t. I, p. 21 y 27; Morich., p. 177.

2 Cum audiset Augustus inter pueros quos in Syria Herodes rex Judæorum intra bimum annum jus it interfici, filium quoque ejus occisum, ait: Melius est Herodis porcum esse quam filium.

En Roma, como en otras partes, los pobres que extienden la mano en las calles no son las más veces los que más deben quejarse. Además, dar una pieza de moneda basta raras veces para aliviar al desgraciado, porque el hombre no vive solo de pan. Pero que el rico se acerque al pobre, que entre en su miserable choza, que se identifique con su posición y le deje con el pan material buenas y dulces palabras que reanimen su valor, tal es la verdadera limosna, la que caracteriza esencialmente á la caridad católica. Roma lo ha comprendido y la «Comisión de los subsidios» se encarga de todos estos deberes con inteligencia y actividad. Fué establecida bajo los últimos Pontífices, y se compone de un cardenal presidente y de quince miembros nombrados por el Santo Padre. Sus funciones duran seis años solamente, porque se ha pensado que al cabo de este tiempo su celo podría amortiguarse. La ciudad está dividida en doce regiones, cada región se subdivide en parroquias, y un número correspondiente de congregaciones «regionarias» ó parroquiales reparte las limosnas; los miembros de estas últimas permanecen tres años en su encargo.

La comisión se reúne una vez por mes en la casa del cardenal presidente; una vez al mes también se reúnen las congregaciones parroquiales en las cuales se discuten las peticiones de los pobres de la parroquia. Dos enviados van á visitarles á sus casas, rectifican sus asertos, se persuaden de sus necesidades y proponen la naturaleza, el monto y la duración del socorro necesario; la comisión superior hace en seguida el abono pedido. Los visitadores se ocupan también con cuidado de in-

vestigar el estado moral de los pobres, averiguan su conducta, las causas de su miseria y los medios de remediarla. Los socorros concedidos se componen comúnmente de vestidos, de camas, de ropa blanca y de útiles para diferentes oficios. Todos estos objetos son fabricados en el hospital de las Termas, están marcados con una señal particular y no pueden ser vendidos, so pena de diez días de prisión. La caritativa comisión reparte anualmente ciento setenta y dos mil ciento cuarenta y cinco escudos, suministrados por la Cámara apostólica. 1

Al leer estos pormenores, es muy difícil no conocer el tipo esencial de nuestra admirable «Sociedad de San Vicente de Paul.» En este punto como en otros, Roma tiene todavía la gloria de la iniciativa.

Sin estar reducido á la mendicidad el pobre obrero, tiene muchas veces necesidad de dinero, ya para comenzar alguna pequeña empresa, ya para comprar las materias que pone en obra, ó ya también para los útiles que usa. En este punto también la caridad romana se ha presentado la primera ante esta necesidad; los Estados pontificios vieron nacer los montepíos, cuya gloria pertenece toda entera al padre Bernabé de Terni. Comenzaba el siglo décimoquinto; el buen religioso, predicando en Perugia, no podía contener sus lágrimas al ver los enormes intereses arrancados á los pobres por los usureros y sobre todo por los Judíos 2. No se prestaba á ménos de setenta ú ochenta por ciento. Su celo no le dejó descanso hasta después de haber comprometido á algunos ricos cari-

1 Morich., p. 181.

2 Montes Pietatis..... ut at ipsa tanquam ad montem confidenter refugere possint indigentes, et ea in promptu sint ad mutuandum sub pignoris cautione ipsis indigentibus, et occurrendum usuris quas pro sua indigentia usurariis præsertim Judæis solvere cogebantur. Ferraris, t. V.

—En su *Historia familiaris sacra*, pretende Sandini que se trata de Antipatro, condenado á muerte por su padre á consecuencia de una conjuración; pero las razones de este autor me parecen fáciles de refutar.

tativos á formar una caja de préstamos para los necesitados, mediante un ligero interes destinado al pago de los empleados. El proyecto tuvo un éxito maravilloso, y esta caja se llamó "Monte de piedad." Esto ocasionó un concierto unánime de bendiciones de parte del pobre pueblo y una explosion formidable de injurias, de acusaciones, de reclamaciones y de calumnias de parte de los agiotistas. Felizmente, los pequeños y los débiles tenían entónces un apoyo en el papado. Los soberanos Pontífices impusieron silencio á los detractores, aprobaron la institución é hirieron con censuras á cualquiera que hablase mal de ella. En el número de estos bienhechores del pueblo, citemos entre otros, á Paulo II, á Sixto IV, á Inocencio VIII, á Julio II y á Leon X. Al leer las sábias y paternales prescripciones de estos Pontífices no se puede dudar de que no hay en la historia una página que haga más honor á la caridad romana 1.

No tardó en establecerse un monte de piedad en Roma, y los cardenales, protectores de la órden de los Hermanos Menores, lo fueron tambien de su obra. Entre estos príncipes de la Iglesia, debe nombrarse, por reconocimiento, á San Carlos Borromeo, que hizo perseverantes esfuerzos por la prosperidad de la institucion. Clemente VIII, viendo el número creciente de los depósitos, compró, para recibirlos, tres grandes palacios, cuya reunion forma hoy el local del Monte de Piedad; lo visitamos con admiracion. La capilla destinada á los ejercicios religiosos de la cofradía resplandece con mármoles raros y preciosas esculturas; todo el edificio está recientemente restaurado. Supimos que el Santo Padre Gregorio XVI acababa de dar al Santo Monte una prueba de simpatía y de dejarle un recuerdo de su generosidad hácia los pobres, mandando á sus expen-

1 Véase, entre otros, á *Ferraris Bibliotheca*, art. *Montes Pietatis*.

sas la devolucion gratuita de muchas prendas. En los tiempos más prósperos de la obra, se conservaban diez y ocho meses gratuitamente las prendas que no excedían de 30 escudos de deuda. Desde los sacudimientos políticos, la prenda de un año se recibe y se renueva gratuitamente solo cuando el préstamo no excede de 13 escudos.

Dos cosas distinguen el monte de piedad en Roma: la primera es el establecimiento de una sala particular en donde se recibe únicamente el oro, la plata y las alhajas de un valor de más de cuatro escudos. La facilidad que se presenta á los que depositan y la reserva de que se usa á este respecto, especialmente en este "depósito" adonde vienen frecuentemente, impulsadas por la necesidad, personas muy honradas, es un nuevo ejemplo de delicadeza de la caridad romana. La segunda es el establecimiento de "montes" suplementarios ó sucursales en los diferentes cuarteles de la ciudad. Están destinados por el monte de piedad mismo á recibir provisionalmente prendas, cuyo valor sea hasta de cuatro escudos, con el fin de que los pobres puedan encontrar un socorro instantáneo á todas horas y sobre todo los días festivos que el establecimiento principal está cerrado.

Si el monte de piedad presenta al pobre el medio de sustraerse á las desolaciones de la usura, le suministra con demasiada facilidad tal vez, fondos que pueden perder en desórdenes y locuras. Para compensar los vicios de esta institucion, ó más bien para completarla, se ha establecido en Roma una caja de ahorros. De este modo, el pobre, el artesano, el honrado labrador, encuentran en la previsora ciudad el precioso recurso de procurarse dinero para sus necesidades y el medio seguro de conservar útilmente el fruto de sus economías.

Además, el pueblo es siempre un niño; á pesar de la activa solicitud con que se vela por sus intereses, la tentacion del juego puede arrastrarle á pérdidas ruinosas y dejar comprometido á él y á su familia. Ya es sabido cuán grande atractivo presta á los pobres la lotería. Esta, autorizada en Roma por Inocencio XIII, fué abolida por Benedicto XIII; su sucesor, Benedicto XIV, viendo que su pueblo, apasionado por este juego de azar, corria á todos los Estados limítrofes donde estaba establecido, sacando de Roma el capital se decidió á tolerarlo. Pero obligó al fisco á dar á los gananciosos un 80 por 100, y á hacer recaer en los pobres todo el provecho del juego, deduciendo solo los gastos. Así la lotería de Roma da 30,000 escudos por año en limosnas manuales; 15,000 en otras limosnas y 3,500 escudos de dotes á las jóvenes de que poco há he hablado. Tal es la hábil combinacion en virtud de la cual la lotería de Roma cura con una mano las heridas que puede causar con la otra. ¿Conoceis un medio más ingenioso de sacar el bien de un mal necesario?

Protegido el pobre contra sus mismas pasiones no le queda más que ponerse á cubierto de la injusticia de otro. Si el rico se ve comprometido en un proceso, ó se defiende á sí mismo, ó encuentra fácilmente abogados; pero el pequeño y el débil, nada ilustrado para defender su causa, ó demasiado pobre para encontrar una voz que quiera prestarle su apoyo, se ve expuesto sin defensa á una ruina completa; Roma entónces viene en su ayuda. Desde principios del siglo décimosexto se formó una sociedad de letrados, abogados ó prelados de los tribunales y aun de la Rota. Se reúne todos los domingos en la iglesia de San Carlos, en donde tiene su oratorio particular. Despues de haber cumplido con sus ejercicios piadosos, se retira á una sala inmediata para examinar las causas

civiles en que los pobres se encuentran interesados y comprometidos; reconocido el derecho de éstos, toma al punto su defensa gratuitamente. La archicofradía de "San Ives" no excluye á ningun pobre de su patrocinio, cualquiera que sea su país; nueva prueba de que la caridad romana ha aspirado siempre á ser católica.

La Cofradía se compone de un cardenal protector, de un prelado miembro de la magistratura de Roma, llamado prefecto, y de asociados, todos hombres sabedores de las leyes. El pobre que reclama su apoyo envía directamente su súplica al cardenal protector, quien la manda á alguno de los legistas de la sociedad. Este examina las certificaciones de indigencia y las razones presentadas como prueba de su derecho por el peticionario; luego, reunidas estas dos condiciones de justicia y de miseria, se encarga la Cofradía de la causa y uno de los cofrades presenta la defensa. Además, el pobre es elocuentemente defendido, porque la Cofradía ha visto siempre entre sus miembros á personajes célebres; hoy todavía está orgullosa de haber contado entre sus filas al ilustre Benedicto XIV, cuando no era mas que el abogado Lambertini. Los soberanos Pontífices, por su parte, no han cesado de estimular é impulsar esa asociacion eminentemente cristiana. Benedicto XIII la concedió el privilegio de poder condecorar con la prelatura romana al abogado que le pluguiese elegir.

8 DE FEBRERO.

Carnaval.—Caridad romana con el pobre sin abrigo.—Visita á Santa Galla y á San Luis.

Era cerca de medio día cuando salimos para seguir nuestro itinerario; pero el carnaval estaba en la calle y nos fué preciso batirnos en retirada. Por otra parte, los historiadores más graves de la antigüedad

han descrito las alegrías del pueblo—rey y por ello debemos darles las gracias; porque los placeres de los pueblos tienen también su enseñanza. Tal será mi excusa, si hablo del Carnaval en la Roma moderna.

Los romanos de hoy, dignos herederos de los hijos de Rómulo, son todavía locos amantes de los espectáculos; el carnaval en particular parece trastornarles la cabeza. A esta fiesta burlesca, le dan una importancia perfectamente cómica, y su entusiasmo se traduce en un proverbio muy conocido. Para señalar las grandes épocas del año, dicen: "El santo Natale, la Pascua e il santissimo carnevale," la Santa Navidad, la Pascua y el santísimo carnaval. Al acercarse el carnaval, la lotería no puede bastar á las demandas de billetes; el Monte de Piedad se llena de objetos de primera necesidad que los pobres depositan allí en prenda del dinero que necesitan; los colegios públicos se cierran; los almacenes del "Corso" no venden ya y se trasforman en tribunas y en galerías para los espectadores; toda la ciudad se pone de fiesta.

La apertura del carnaval se anuncia por la gran campana del Capitolio, ¡que no suena más que en esta circunstancia y en la muerte del Papa! A las doce en punto se hace oír. Entónces el senador de Roma, con gran manto de seda bordado de oro, acompañado de guardias y de pajes ricamente vestidos, baja la célebre colina, en un coche brillante de plata y dorados; recorre el Corso de uno á otro extremo. Su presencia anuncia al pueblo que puede comenzar. Apénas ha dejado la calle la carroza senatorial, cuando un cañonazo da la señal de la fiesta. En un abrir y cerrar de ojos se llena el "Corso" de dos hileras continuas de carruajes que circulan lentamente, y cuyo doble movimiento de ida y de vuelta forma una cadena móvil desde la plaza del Pueblo hasta la plaza de Venecia. Hasta los últimos pisos en todas las

enrejadas y balcones hay tendidas ricas cortinas rojas, tras de las cuales hay espectadores que arrojan á los carruajes y á los máscaras los "confetti." Estas son unas pequeñas bolas como una nuez de harina y que se rompen al caer. Lluven también flores y pedazos pequeños de chocolate del mismo tamaño que los "confetti." Nadie se escapa, aunque sean príncipes ó princesas. Para evitarse los paseantes del granizo que les asalta, se cubren el rostro con una máscara de alambre; pero nada preserva sus vestidos, que despues de algunos minutos se ponen blancos como los de los panaderos. Los transeúntes por su parte, se previenen con grandes canastas llenas de inocentes proyectiles y tiran á su sabor.

En medio de los coches circulan, saltan, danzan, cantan é improvisan millares de máscaras de todas formas y de todos colores. En las dos banquetas se oprime una multitud compacta que devora con los ojos el cómico espectáculo; que se apasiona, que se estremece y que estalla en bravos ó en careajadas de risa pareciendo así ébria de alegría. Colocados nosotros también en el balcon aislado de un tercer piso, no pudimos dominar la hilaridad á vista de ciertas escenas de una extravagancia completa. La primera de estas singularidades ó "excentricidades," como habla cierto orador político, era un improvisador con traje de trovador. Iba colocado á manera de jockey detrás de una cabeza descubierta y cantaba sus versos animándose con un tambor vascuence. Los chistes eran tan cómicos y tan satíricos, que la multitud reunida alrededor del coche reía estrepitosamente; la risa se comunicaba á los balcones y se convertía del todo en homérica.

Apareció en seguida un doctor en medicina, vestido como Sangrado, la cabeza cubierta con un sombrero negro á la Robinson y de un metro de altura; el cuerpo

rodeado de un ancho vestido negro fijo con un cinturón y la nariz adornada con un par de anteojos, de los cuales cada vidrio tenía la extensión de un plato. A un lado del doctor marchaban sus ayudantes, sus criados. Los primeros encargados del recetario mágico, abrían paso á su amo; los segundos llevaban levantado á la altura de sus cabezas, cierto instrumento que por sus dimensiones colosales no se parecía á los de su género, sino que daba idea de la chimenea de un buque de vapor. Gritos y alborotos por otra parte inocentes, señalaban el camino del discípulo de Hipócrates. Manifestaciones de otro género acogían á un gracioso personaje que comunicaba en zigzag, deteniéndose delante de los balcones más anchos; éste era lo que la multitud llamaba el jardinero del Papa. Este máscara, armado de una serpiente de madera que se alargaba y se encogía, según se quería, arrojaba hasta los segundos pisos ramos de violetas y de rosas de primavera. En recompensa recibía en el rostro algunas buenas puñadas de "confetti." ¡Oh crueldad!

Entre el número de estos actores al aire libre, figuraban muchos alumnos de la Academia de Francia, y representaban una escena de bandidos. Mirad verir un máscara de hercúleas proporciones y de carabina á la espalda; lleva de la brida un soberbio caballo, sobre el cual va atravesado y fuertemente atado un noble viajero, con la cabeza rodeada de un lienzo ensangrentado. Alrededor del caballo marchan ocho bandidos armados de carabinas y de puñales. Detrás vienen dos caballos de carga que llevan los ricos despojos del viajero, á quien la tropa infernal conduce á su retiro en el fondo de la selva. De vez en cuando hubiérais visto á la desgraciada víctima, haciendo esfuerzos por querer desembarazarse de las ligaduras y al punto dirigirse todas las carabinas contra

ella y todos los puñales contra su pecho. Tal era la verdad de aquella escena, que si los actores no hubieran sido compatriotas nuestros, se les hubiera tomado por veteranos en el oficio.

Por otra parte, para ver el carnaval y reirse con ganas, yo no estaba en mala compañía. A mi izquierda estaba un profesor de historia eclesiástica, sacerdote respetable bajo todos aspectos; á mi derecha un obispo! sí, un obispo, ¡y qué obispo! para hablar al estilo de M. Julio Janin, un obispo de la Océánica, un apóstol. Mientras aquel pueblo de niños grandes, se enloquecía en la calle, nosotros hablábamos de misiones, de salvajes, de propaganda de la fe. Nuestra conversacion había durado ya algun tiempo y seguía, cuando se hizo oír un cañonazo; éste anunció á los carruajes que estuviesen listos para salir del "Corso," y todos los coches se detuvieron. Pocos minutos despues, un segundo cañonazo dió la señal de salida; en un abrir y cerrar de ojos quedó despejada la calle, y solo las banquetas quedaron obstruidas de gentes de á pié. Dos piquetes de dragones recorrieron á galope el "Corso" en toda su longitud, á fin de barrer el espacio para la carrera de caballos.

En la plaza del Pueblo se tienen siete caballos salvajes ("barberi"). Estos animales, perfectamente adornados con cintas, están cubiertos con hojas de papel y espuelas de hierro, cuyo roce y cuyas picaduras les espantan y excitan de tal modo, que más bien vuelan que corren. En algunos minutos han atravesado á Roma sin que se les haya visto desviarse á la derecha ó á la izquierda; el que llega primero es el que alcanza el premio. Acabada la carrera, otro cañonazo anuncia el fin de las diversiones de aquel día. Cada cual vuelve á su casa, todas las caretas caen y solo puede conservarse el disfraz. Y veis á todo aquel pueblo, dócil como un niño,

someterse exactamente á esta sábia prescripcion; al dia siguiente vuelve á empezar la fiesta y se pasa como la víspera. Antes de la señal, no hay un máscara en las calles; despues del "Ave María" no hay una careta en los rostros. A vista de esta sumision, así como del órden y de la decencia que reinaban en la fiesta, no pudimos dejar de decir: Si esto fuera en Paris, en lugar de algunos dragones, serian necesarios regimientos enteros para contener á la multitud y prevenir el desórden; habria probablemente resistencias, querellas, sangre derramada; aquí, nada de eso hay; tan cierto así es que nosotros no sabemos divertirnos!

El último dia, á la carrera de caballos sigue el juego de los "moccoletti," este es el ramillete del carnaval. Los "moccoletti," son pequeñas bujías que uno lleva en la mano; se cuentan por millares desde el pavimento de la calle hasta los últimos pisos; de este modo, el "Corso se vé iluminado como por encanto. Ahora bien; se ponen á quien apague el "mocco" de su vecino. Todo sirve para esto; los ramilletes de flores, ó las puñadas de "confetti," el sombrero y hasta el pañuelo. Este le sopla sin cumplimiento en las narices del portador; aquel salta por detrás de los coches y de un solo golpe apaga los "moccoletti;" de todos los que van en ellos; mientras este hace esta jugada, otro le imita; se ven tambien algunos que armados de largos apagadores se ponen delante de los balcones á apagar los "moccoletti;" y cada vez que se logra apagar alguno ó algunos, todos los festejan con carcajadas ruidosas y pronuncian, dirigiéndose á aquel, cuya antorcha ha sido apagada, esta frase de chanza: "¡Senza meccolo! ¡Senza meccolo! Además, todo aquel pueblo agitándose en diversos sentidos, aquellos gritos de alegría, aquellas risas prolongadas, aquellos millares de antorchas apagadas y

luego encendidas, vueltas á apagar y vueltas á encender, forman el espectáculo más animado y más curioso que se puede imaginar. De agradable que es esta escena vista desde un solo punto, se convierte en magnífica, cuando dirigiendo la vista hácia lo léjos, el espectador mira desarrollarse ante él aquella inmensa iluminacion, cuyos movimientos dan al "Corso" el aire de un rio de fuego agitado por las olas. A la media noche un último cañonazo anuncia el fin, y todos los "moccoletti" se apagan. Tal es el carnaval de Roma, del cual solo puedo decir que es perfectamente bello, y perfectamente loco.

Por otra parte, al lado frívolo de estas diversiones, ha sabido la religion unir un carácter de gravedad que solo se encuentra en Roma. Así los viérnes, los domingos y las fiestas que se encuentran durante el carnaval, son de guarda, es decir, que no hay ni máscaras, ni juegos, ni carreras. Si por esta razon el carnaval solo puede durar diez dias plenos, el excedente del premio de las carreras se da en limosnas á comunidades pobres. El Santo Padre tambien hace su carnaval; todas las mañanas viene á la ciudad, se muestra á su pueblo y visita á algunas casas religiosas, en las cuales deja bendiciones y beneficios. En cierto dia invita á los cardenales y algunas personas elegidas, á una lotería privada en favor de los pobres, que tiene lugar en sus habitaciones. Se ve que Roma nada ha desperdiciado por hacer lo ménos perjudicial que se pueda, diversiones cuyo uso seria demasiado peligroso abolir. Añadiré que por la mañana, al llegar á San Pedro, habiamos visto una larga procesion que subia las gradas del vestibulo. Se componia de una corporacion, cuyos miembros, vestidos con largos sacos rojos, iban precedidos de una cruz de quince piés de altura y de un grueso proporcionado. Esta cruz de carton color

de corteza de árbol, redonda, nudosa, se parece enteramente á dos árboles provisionalmente unidos para formar un instrumento de suplicio; no se la puede ver sin sentir una impresion de terror; tan á propósito está para impresionar. Esta procesion venia á asistir á la bendicion del Santo Sacramento y á las Cuarenta-Horas que tienen lugar para servir de contrapeso á los peligros del carnaval. El mismo Santo Padre vino á exponer al Santísimo Sacramento. La Iglesia, semejante á Job que ofrecia sacrificios al Señor despues de los inocentes festines en que se habian reunido sus hijos, para expiar de este modo las faltas de que hubieran podido hacerse culpables, é inquieto por la conducta de sus hijos durante esos dias de dissipacion y de placer, ofrece á Dios una víctima de expiacion y manda hacer oraciones más largas y más solemnes. Yo no sé si será; mas á mí me parece una bella armonía.

Despues de los "moccoletti," en vez de volver á tomar el camino de nuestro hotel, nos dirigimos á un doble asilo preparado por la caridad romana al pobre sin abrigo. Cuando al caer la noche recorreis ciertas calles de Paris ó de Londres, vereis desembocar por todas partes un pueblo de hombres, de mujeres y de niños hechos un andrajo; luego desaparecen repentinamente en bodegas malsanas ó en inmundas bohardillas. Allí les espera una cama de paja ó de estiércol; allí por algunos sueldos se acuestan confundidos unos con otros, hasta que el dia llama á las calles á aquellos rebaños de seres degradados, cuyo solo aspecto deberia hacer avergonzar á las dos capitales que se proclaman las reinas de la civilizacion. ¡Qué espectáculo tan diferente presenta Roma!

Cuando llegamos más allá del Velabro, cerca del pórtico de Octavia, oimos los pasos de un gran número de hombres y de

niños que resonaban en el pavimento de la calle y de la encrucijada; eran todos pobres. ¿A dónde iban? Iban, como nosotros, al hospicio de Santa Galla. Voy á daros la historia de esta tierna creacion. A mediados del siglo décimoséptimo, el caritativo sacerdote Marco Antonio Odelcaschi abrió en Santa Galla un refugio en la noche para todos los pobres sin asilo, especialmente en el invierno. Se veia aquel santo hombre yendo él mismo á buscarles por las calles y en las encrucijadas, hacerles subir á su carroza y llevarles á su hospicio. ¹ Llegó á recoger quinientos ó seiscientos, cuyos harapos convertia en vestidos y á quienes daba calzado, una cama, fuego y una sopa que les servia con sus propias manos; pero su principal objeto era instruirles en las cosas de la fe. Inocencio X, D. Livio y D. Baltazar Odelcaschi, todos miembros de la ilustre familia tan conocida en Roma por su generosa caridad, aseguraron la perpetuidad de esta obra.

Hoy los pobres encuentran en Santa Galla un abrigo para su sueño y un catre con jergon, almohadas y cobertores. En estío se les recibe allí hasta las ocho y media. Se cuentan 224 lechos en cinco dormitorios; tres son comunes; otro sirve para los enfermos de la piel; el quinto está destinado á los eclesiásticos; este último tiene once camas. El refugio está abierto para el pobre, mientras tiene necesidad de él.

Entramos en aquellos "miembros del Salvador, que sufren," ó más bien con nuestros "amos," segun la evangélica expresion de San Juan el Limosnero. Habia allí muchos eclesiásticos que les recibian con gran cordialidad. Se les hizo to-

¹ Egli medesimo si andava cercando per le vie e per le piazzie di Roma, e ritrovandone li conduceva in carrozza in quest'ospicio. Const., 209.